

Contraste entre el dolor y el odio

El domingo pasado viví una singular emoción. Al cumplirse el cuarto aniversario del asesinato del dirigente poblacional de la UDI, Simón Yévenes, se celebró una misa de campaña a pocos metros de su tumba, en el Cementerio Metropolitano, oficiada por el sacerdote Raúl Hasbun.

En ella, el padre Hasbun recordó los funerales de Simón Yévenes, donde él también celebró la misa.

Rememoró cómo en ese duro trance no se pronunció ni una sola palabra de odio, venganza o rencor. Tampoco se escuchó consigna agresiva alguna. Sólo se elevaron plegarias a Dios por nuestro mártir y se proclamó el firme compromiso de redoblar nuestra lucha por los ideales a cuyo servicio él inmoló su vida.

Amenazado muchas veces de muerte por el comunismo, a Simón Yévenes le exigían que se fuera a vivir a otro lugar de la ciudad, porque su liderazgo donde residía era un obstáculo insalvable para el violentismo totalitario.

Pero precisamente por tal razón, él decidió conscientemente -junto a su esposa, Juanita- permanecer allí, sin doblegarse. Por eso, más que una mera víctima del terrorismo, Simón Yévenes fue un auténtico mártir. Y los mártires fecundan con la fuerza del ejemplo y del amor.

¡Qué contraste entre todo ello y ciertas recientes manifestaciones de los mal denominados "presos políticos" y de sus partidarios!

Entre ellos está el presunto asesino de Simón Yévenes, fugado hace poco de la cárcel. Están quienes internaron el gigantesco arsenal de armas de Carrizal Bajo. Están los que atentaron contra el ex Presidente Pinochet, matando a cinco de sus escoltas. Están los asesinos del general Carol Urzúa o de tantos jóvenes carabineros. Están los agresores de decenas de civiles y uniformados muertos o heridos por el terrorismo extremista.

Sus voceros pretenden justificar moralmente tan aberrantes delitos. Más aún, sólo parte de esos presos

anuncia que no proseguirá en su accionar violentista, pero condicionándolo a sus propios juicios tácticos de conveniencia política futura.

Está claro que la violencia como método de acción política no les merece reparos morales en sí misma. La seguirán usando tanto y cuánto la estimen útil. Sus apelaciones a que "se haga justicia" no logran disimular que los mueven el desquiciamiento y el odio.

Todo eso aflora en sus presiones sobre el Presidente Aylwin para que los indulte a todos, sin excepciones. O cuando intentan descalificar al Poder Judicial, incluyendo vías de hecho, como las registradas esta semana.

El Gobierno no puede confundir -ni favorecer que se confunda- cualquier legítimo propósito de mejorar el Poder Judicial, con el objetivo extremista de desprestigiarlo y destruirlo.

Por Jaime Guzmán, senador.



8-11-90